



Revista Affectio Societatis

Departamento de Psicoanálisis

Universidad de Antioquia

affectio@antares.udea.edu.co

ISSN (versión electrónica): 0123-8884

ISSN (versión impresa): 2215-8774

Colombia

2011

Patricio Rojas Navarro

EL IMAGINARIO, NARCISISMO Y AGRESIVIDAD EN PSICOANÁLISIS: DEL JOVEN

LACAN A LA VIOLENCIA URBANA

Revista Affectio Societatis, Vol. 8, N° 14, junio de 2011

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

EL IMAGINARIO, NARCISISMO Y AGRESIVIDAD EN PSICOANÁLISIS: DEL JOVEN LACAN A LA VIOLENCIA URBANA¹

Patricio Rojas Navarro²

Resumen

El presente artículo pretende establecer, a partir de la pregunta por la constitución subjetiva, un recorrido teórico por algunas de las grandes problemáticas en torno a lo imaginario, el narcisismo y la agresividad, tal y como se desprenden de algunos de los trabajos clave de Jacques Lacan entre 1936 y 1949. A partir de ello, se propone una interrogación del fenómeno de la violencia urbana, propio de la vida *con* y *entre* otros. Se intentará mostrar así el potencial teórico que retienen los trabajos tempranos del psicoanalista francés y, al mismo tiempo, intentar hipótesis interpretativas del fenómeno de la violencia que no la reduzcan a un hecho “externo” al sujeto,

¹ Reconocemos la enorme relevancia que ha tenido para la elaboración de las ideas y argumentos que contiene este artículo —en particular en relación a la fina discusión respecto de las teorías y conceptos del “joven Lacan”— el trabajo realizado en el marco del grupo de estudios y seminario de investigación “Lecturas cronológicas de Lacan” dirigido desde 2005 por Jorge Baños Orellana en Santiago de Chile y Buenos Aires, Argentina.

² Psicólogo, Universidad Diego Portales. Candidato a Magíster en Psicología, mención Teoría y Clínica Psicoanalítica, Universidad Diego Portales. Candidato a Postítulo en Clínica Psicoanalítica de Adultos, Universidad Diego Portales. Miembro del Grupo de Estudios “Lecturas Cronológicas de Lacan”, en Santiago de Chile. Docente e investigador, Universidad Diego Portales, Santiago de Chile.

patricio.rojasn@mail.udp.cl

causado por una presunta decadencia de la fuerza de la ley.

Palabras clave: Imaginario, narcisismo, agresividad, constitución subjetiva, violencia urbana.

IMAGINARY, NARCISSISM, AND AGGRESSIVENESS IN PSYCHOANALYSIS: SINCE YOUNG LACAN UNTIL URBAN VIOLENCE

Summary

The current article aims to establish, since the question about the subjective composition, a theoretical exploration through some of the biggest questions around imaginary, narcissism, and aggressiveness; as well as in some of Lacan’s key works between 1936 and 1949. After that, a question about the urban violence — typical in life *with* and *among* others— appears. Trying to show the theoretical potential inside the French psychoanalyst’s early works.

Keywords: Imaginary, narcissism, aggressiveness, subjective composition, urban violence.

IMAGINAIRE, NARCISSISME ET AGRESSIVITE EN PSYCHANALYSE: DU JEUNE LACAN A LA VIOLENCE URBAINE

Résumé

Cet article prétend établir – à partir de la question sur la constitution subjective- un parcours théorique dans les grandes problématiques autour de l’imaginaire, le narcissisme et l’agressivité, telles qu’elles se dégagent de certains travaux clés de Jacques Lacan entre 1936 et 1949. En conséquence, la question sur le phénomène de la violence humaine est posée, phénomène propre à la vie *avec* et *entre* autres. Ainsi donc, cet article prétend montrer le potentiel théorique que les travaux précoces du psychanalyste français gardent et, au même temps, il essaie d’avancer des hypothèses interprétatives du phénomène de la violence qui ne la réduisent pas à un fait « externe » au sujet, causé par une décadence prétendue de la force de la loi.

Mots- clés: imaginaire, narcissisme, agressivité, constitution subjective, violence urbaine.

Recibido: 19/01/11 Evaluado: 02/03/11 Aprobado: 22/03/11

Introducción

El presente artículo intenta dar cuenta de un doble objetivo. Por una parte, propone un recorrido teórico por lo que podríamos llamar, *grosso modo*, las *problemáticas del narcisismo, lo imaginario y la agresividad*, tal y como fueron trabajadas por Lacan en sus trabajos entre 1936 y 1949. Se asume que es un punto de partida arduo, pues no resulta difícil notar que, entre los autores y psicoanalistas lacanianos de hoy, lo imaginario y sus efectos no gozan del protagonismo de los otros registros, y suelen hallarse relegados en pos de los problemas anclados en las consecuencias que surgen de los registros de lo simbólico y lo real, que Lacan habría desplegado posteriormente a 1949. Por otra parte, las problemáticas del narcisismo y lo imaginario suelen reducirse al estadio del espejo, que se encuentra a su vez frecuentemente banalizado, dándose como una suerte de dato más o menos sabido del desarrollo del niño (Le Gaufey, 1998).

Este ensayo propone un recorrido por aquel Lacan anterior al comienzo “oficial” de lo que él llamó su enseñanza, fechada en 1953. Se espera propiciar así un encuentro cara a cara con el protagonismo de lo imaginario y las problemáticas desplegadas en torno a dicho registro, que han encontrado en el estadio del espejo una síntesis bien difundida, aunque muchas veces simplificadora en exceso de interrogantes complejas con alcances relevantes tanto para lo que podríamos llamar la “clínica del caso” como para una “clínica de lo social” (Zafiropoulos, 2002).

Se espera encontrar y recorrer así las asperezas y puntos abiertos de un momento de enorme relevancia en la obra de Lacan, cuyo valor no se sustenta sólo en un anticipo evidente de algunas de las discusiones y reflexiones que lo ocuparán en sus escritos posteriores y seminarios, sino también en el trabajo riguroso de problemáticas con un movimiento propio.

Específicamente, los esfuerzos se centrarán en la lectura y discusión de algunos aspectos de aquellos textos de Lacan donde se dio el gran despliegue de lo imaginario y sus consecuencias. Por supuesto, por las características del presente esfuerzo un abordaje total de la obra de Lacan previa hasta 1949, así como una revisión total de todo lo que Lacan presentó teóricamente durante esos años, resulta una utopía. Por ello, se hace evidente la necesidad de realizar una selección, y para llevarla a cabo se plantea como criterio satisfacer una doble exigencia: primero, propiciar el recorrido teórico ya planteado siguiendo un objetivo y trayecto que permita un despliegue adecuado de al

menos una parte significativa de los principales problemas abordados por el Lacan previo a la década del cincuenta. En segundo lugar, y esto nos lleva al segundo objetivo del artículo, se presenta la pertinencia de evitar que el presente trabajo se reduzca a la no menor tarea de realizar una exégesis de los textos lacanianos. Para ello, nos imponemos la necesidad de dar protagonismo a alguna problemática que nos aporte el potencial interpretativo para reflexionar en torno a temáticas vigentes, iluminando el presente y dando así prueba de su fuerza más allá del recorrido nostálgico por los viejos pasajes de la obra del psicoanalista francés, en tanto es considerada, en este texto, como una obra abierta, viva y susceptible de problematizar el presente.

Así, se ha decidido considerar aquellos textos que permitieran seguir el trayecto de lo que podríamos llamar “constitución subjetiva”, tal como la pensaba el “joven Lacan”³ desde el momento del nacimiento hasta la resolución del complejo de Edipo. En ese sentido, se dará centralidad al abordaje de “La familia” (1938), sin dejar de considerar aportes significativos de algunos momentos de “Acerca de la causalidad psíquica” (1946), “La agresividad en psicoanálisis” (1948) y, por supuesto, “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” (1949). Además, si bien se ha perdido la ahora casi mítica conferencia de Lacan en Marienbad en 1936 —donde presentó por primera vez su conceptualización y trabajo del estadio del espejo—, no dudamos en consultar las notas que tomó Françoise Dolto cuando dicho autor presentó una suerte de ensayo general de la misma ante la S.P.P., como preparación a su ponencia en Marienbad (disponibles en Guillerault, 2005).

Por otra parte, y para abordar la especificidad del segundo objetivo propuesto, hemos decidido centrar nuestra atención en el problema de la agresividad, con la esperanza de poner en juego una articulación específica que dé cuenta de cómo los aportes de ese Lacan de los años treinta y cuarenta retienen su potencia interpretativa para pensar asuntos de interés actual; concretamente, propondremos una lectura posible para el abordaje del fenómeno de la violencia urbana en Santiago de Chile hoy.

³ Noción que tomamos desde Zafiropoulos (2002) para referirnos al Lacan previo al comienzo oficial de su Seminario y enseñanza, fechada en 1953.

La constitución subjetiva en Lacan antes de 1953: Imago y complejos familiares

Probablemente una de las mejores maneras de iniciar un abordaje del segmento de la obra de Lacan que nos interesa en este ensayo sea mediante un ejercicio de acompañar y discutir el modo en que dicho autor se plantea la constitución de un sujeto del inconsciente propiamente tal. Proponemos que resulta una tarea interesante, toda vez que —en estricto rigor— dicho trayecto de devenir sujeto no puede pensarse aún con los aportes decisivos del llamado registro simbólico, que Lacan introducirá a partir de la década del cincuenta, y que suele ser nuestro primer recurso a echar mano a pensar en la constitución de una subjetividad posible, desde la teoría y clínica lacaniana.

En ese sentido, resulta particularmente interesante seguir el trabajo de Lacan titulado “La Familia” (1938) que, como es ampliamente conocido, fue publicado originalmente como un extenso artículo en el volumen VII de la *Encyclopédie Française*, bajo el encargo y “supervisión” de Henry Wallon. Podemos plantear que se trata de un texto sumamente ambicioso, tanto en su concepción como en el recorrido que plantea, en los modos en que se apropia del saber psicoanalítico de su época como en la lectura que plantea de ellos, en su innovación como en su discusión con las ideas del mismo Freud, en las conclusiones clínicas y sociales que plantea como en la generalización de éstas al acontecer clínico y cultural del momento.

En el texto que mencionamos, Lacan se ocupará de alumbrar con el saber del psicoanálisis algo de la cuestión del estudio de la familia. No le interesa su dimensión biológica propiamente tal, sino más bien lo que podríamos llamar la realización de una antropología de la familia (Zafiroopoulos, 2002) y una aplicación de la “experiencia del psicoanálisis” para dar cuenta de lo concreto de los “hechos de la familia como objeto y circunstancia psíquica” (Lacan, 1938: p.25).

Como ya hemos dicho, del texto de Lacan nos interesa mayormente —por el momento— centrarnos en su elaboración de una teoría de lo que podríamos denominar “constitución subjetiva”. En “La Familia”, esto sucedería en una serie de momentos, dominados por la primacía de tres “complejos” sucesivos: del destete, de la intrusión y de Edipo. En ese sentido, Lacan define a los complejos como algo que “une en una forma fija un conjunto de reacciones que puede interesar a todas las funciones orgánicas, desde la emoción hasta la conducta adaptada al objeto” (1938: p. 26). Los complejos reproducirían algo de la realidad ambiental del sujeto, estarían dominados por factores culturales y en su forma serían representativos de un objeto determinado. Se trataría de

organizadores en el desarrollo psíquico, que ejercerían su dominio sobre la conciencia, pero cuya naturaleza sería fundamentalmente inconsciente (Lacan: 1938).

Dentro de los complejos cobra centralidad la noción de *Imago*, término fundamental en el primer Lacan, entendida por el autor como “representación inconsciente” (1938: p.29), y que sería el elemento central de todo complejo⁴.

Lacan describirá entonces a lo largo de esta obra el trayecto de devenir sujeto (o el “madurar” de una subjetividad) siguiendo el paso por los tres complejos ya mencionados, especificando las consecuencias clínicas y sociales del “desarrollo normal”, y también extrayendo las consecuencias para el psiquismo humano toda vez que se produce una fijación en alguno de ellos.

a) El complejo del destete y la imago materna: sublimar o abandonarse a la nostalgia de la muerte

El primer complejo examinado por Lacan (1938) es el llamado del destete. Ya desde los años de Marienbad Lacan defendía, en el marco de su teoría del estadio del espejo, la idea de que el ser humano nacía sufriendo la condición de una prematuración biológica, que lo llevaba a experimentar lo que llamó una fase (o etapa, posteriormente) del cuerpo fragmentado⁵. Marcada por la descoordinación motriz y la dependencia total respecto de otro (en este caso, la madre), esta etapa pondrá en juego las vivencias que movilizarán en los sujetos una fantasmática marcada por la fragmentación, a la vez que se convertirá en la más íntima vivencia de la muerte. Es durante dicha fase que toma su lugar el llamado complejo del destete. En él, el destete en tanto hecho biológico causado por la madre irá acompañado por un trauma, una crisis propiamente tal a nivel de la subjetivación y el psiquismo.

Dicha crisis presentará la primera oportunidad para que el sujeto en conformación se enfrente al esfuerzo de resolver algo “en intención mental”, toda vez que se ve confrontado a una “decisión”

⁴ Si bien operaremos con la noción de imago reduciéndola a su ya compleja caracterización como “representación inconsciente”, se trata de un concepto que demanda una profundidad analítica que excede el curso argumental de este artículo. Como señala Baños Orellana (2008, p. 40): “El lector deberá tolerar la coexistencia, en la imago lacaniana, de lo constituyente y lo constituido, de lo anterior a la palabra y lo afectado por ella, de una geometría estable y una cinética ambivalente, de lo saludable y lo mortífero, de lo antropológico y lo histórico, de lo escultórico y lo teatral [...] Hace falta volver al primer Lacan para detenernos en cómo y por qué mantuvo esa heterogeneidad”. Remitimos al lector entonces a dicho artículo para un abordaje explícito de las dificultades que impone el uso y estudio de tal noción.

⁵ Cfr. Jacques Lacan (1949) para acceder a una elaboración al respecto. También pueden revisarse las notas que Françoise Dolto tomó sobre una versión preliminar de la ponencia original de 1936 —esa famosa presentación perdida— en Guillerault (2005). El valor que dichas notas revisten a la hora de interrogar lo que se ha dicho hasta el presente sobre el estadio del espejo es enorme, y puede encontrarse un trabajo riguroso al respecto en Baños Orellana (2009).

entre dos opciones posibles (Lacan, 1938: p. 32). Antes de mencionarlas, dejemos claro que en el complejo del destete —en su nivel psíquico— se pone en juego la primacía de la *imago* materna (o más precisamente, imago del pecho materno) respecto de la cual el infante prematuro se ha situado bajo la forma de una dependencia parasitaria. Según Lacan, el dilema al que se enfrenta el psiquismo humano en este momento corresponde a la disyuntiva entre la opción de ceder a la “nostalgia por la madre” en medio de un afán de fusión afectiva, lo cual resultaría en una fijación a este complejo que conllevaría un abandono del sujeto a la muerte⁶. Sería esta una situación de seducción mortífera, a la cual solo se puede escapar tomando una opción diversa: proseguir el camino de la subjetivación mediante la sublimación de la imago materna, dejando la añoranza de fusión y teniendo un primer acceso al grupo social, siendo esta última una *elección por la vida* (Zafiroopoulos, 2002).

b) Dramas del narcisismo entre yo (y otro): el complejo de la intrusión

El siguiente paso en el trayecto a la constitución subjetiva estaría marcado por el complejo de la intrusión (Lacan, 1938). Es en este momento donde correspondería situar aquello que conocemos como “Estadio del espejo”. Sucintamente, podemos decir que el complejo del destete halla una solución posible en este momento, dado que la primacía de la imago materna (sublimada) es relevada por la de la *imago del semejante*⁷. Ésta ofrecerá al sujeto la posibilidad de anticipar la unidad de su propio cuerpo, mediante la contemplación jubilosa de la unidad de imagen del semejante en el espejo. Luego, y a través a una identificación con esta última, se posibilitaría la construcción de una imagen ideal de sí mismo (o yo ideal) que le proporcione una unidad posible y la conformación de aquello que llamamos yo (Lacan, 1938; 1946; 1948; 1949; también revisar Le Gaufey, 1998; las notas de Dolto en Guillerault, 2005; Zafiroopoulos 2006).

Esta operatoria de anticipación especular, investidura de la imagen del otro y alienación en la unidad del semejante, encontraría en la identificación narcisista su estructura, y en la libido o “relación erótica” su energía (Lacan, 1948: p. 106). La identificación con la imago del semejante, que Lacan no dudará en tildar de “salvadora” (1948: p.105) posibilitará la conquista de la unidad del propio

⁶ Pues recordemos: si el sujeto se sitúa como parásito de la *imago* materna es debido a su estado de total dependencia, que tiene a la base la ya mencionada prematuración biológica signada por la muerte.

⁷ Llamada también *imago del hermano* (Lacan, 1938).

cuerpo y con ello dará solución a los dramas vivenciados durante el complejo del destete. Sin embargo, el precio a pagar será alto, pues la fascinación libidinal con esa imagen del semejante (o la imagen especular) tendrá como costo la total confusión entre lo propio y lo que es de la imagen del espejo (Lacan, 1938). En otras palabras, y como consecuencia del estadio del espejo, el sujeto en conformación queda fascinado por su propia imagen en el espejo, pero se ve enfrentado a una contrapartida mortífera: la captación narcisista —imaginaria, especular— en la imagen del otro.

Es este punto donde se juega la vivencia de intrusión que da su nombre al complejo que nos ocupa. En medio de esta unidad en conquista, la imagen del espejo, la imago del semejante, es vivenciada como intrusiva de la propia relación que se sostiene con la madre (Lacan, 1938). Así, el otro aparece como invitado indeseado en la relación con ésta, poniendo en juego el mecanismo de los celos, que según Lacan será el arquetipo de todos los sentimientos sociales (1938: p. 44). Los celos serán el punto de partida de la llamada “agresividad primordial” dirigida al otro-intruso: una agresividad imaginaria correlativa a la formación misma del yo, en el marco de la estructura narcisista que describimos y que marca la relación con el semejante de modo tal que jamás podrá ser superada por completo (Lacan, 1948).

Este tiempo de la relación con la imago del semejante marca también la fase que Lacan pensará con el nombre de *transitivismo* (1938; 1948), momento de oscilación entre la fascinación y la agresividad imaginaria respecto del otro, instancia en que “cada compañero confunde la parte del otro con la suya propia y se identifica con él; pero también la de que puede mantener esa relación con una participación realmente insignificante de ese otro, y vivir toda la situación por sí solo” (Lacan, 1938: p.47).

Este último punto nos parece relevante de retener, pues si bien todo el drama imaginario causado por la intrusión se juega con la imagen del otro —o imagen del doble como la llama Lacan—, es parte de una estructura narcisista propiamente tal, es decir de la alienación, identificación y confusión agresiva/amorosa con una imago del semejante (*autre*), por cierto, pero sin que eso requiera de la incorporación del prójimo (*autrui*) propiamente tal. Lacan (1938) se refiere de la siguiente forma a la estructura narcisista de la que hablamos y que es la sede de los momentos subjetivos que nos ocupan en este apartado: “estructura mental con el pleno sentido del mito de Narciso, tanto si ese sentido indica la muerte —la insuficiencia vital de la que ha surgido ese

mundo⁸—, o la reflexión especular —la imago del doble que le es central— o la ilusión de la imagen; de todas maneras y en todos los casos, ese mundo, como lo veremos, no contiene al prójimo (*autrui*)” (p.56)⁹.

El complejo de la intrusión ha permitido poner en juego entonces los elementos necesarios para dar cuenta de algo de los problemas establecidos por el complejo del destete. Ha otorgado la unidad imaginaria del cuerpo, la constitución del yo, la oscilación narcisista —volátil y cambiante— entre amor y agresividad por el semejante en el llamado transativismo, donde yo y otro se confunden, alienados en una lucha sin cuartel. Nuevamente, la posibilidad de fijación se encuentra presente, pudiendo el sujeto quedar abandonado en los dramas del encierro de la estructura narcisista y la relación especular. Será necesaria la llegada del tiempo de un nuevo complejo para encontrar una salida (parcial) de los entuertos del narcisismo.

c) *Entra la imago paterna: el complejo de Edipo*

Si en el complejo anterior teníamos un “escenario” formado por el yo, el semejante y la madre (oral, de la satisfacción de las necesidades primarias), en el complejo de Edipo los lugares serán tomados por una rivalidad diversa. Se dará una suerte de “pubertad psicológica prematura” (Zafiroopoulos, 2002: p.47) que movilizará las pulsiones sexuales del niño y causará una “reactivación” del objeto madre, tomándolo esta vez como objeto de deseo propiamente tal. Así, el tercer lugar en la triangulación habrá de ser (o no) ocupado por la *imago* de un extraño en la familia, alguien que marque la irrupción de un exterior a la relación dual madre-niño: será el lugar de la imago paterna, central en el esquema propuesto por Lacan (1938) para pensar la subjetivación.

Es esa misma *imago* del padre la llamada a introducir al sujeto en la alteridad, la realidad, los intercambios y las relaciones sociales (Zafiroopoulos, 2002; 2006). Esto porque el padre ocupará ante

⁸ Podemos pensar: la prematuración del nacimiento y la etapa del cuerpo fragmentado.

⁹ La distinción entre otro (*autre*) y prójimo (*autrui*), aunque no alcance en su uso por parte de Lacan una rigurosidad tal como para elevarla a la categoría de diferencia conceptual, sí ha sido puesta de relieve acertadamente por Jorge Baños Orellana en el contexto del ya mencionado trabajo de investigación realizado en el seminario “Lecturas Cronológicas de Lacan”. Su valor resulta enorme para nuestra argumentación ya que la distinción entre el otro y el prójimo obligaría a complejizar la discusión que reduce hoy la alteridad en Lacan a la distinción otro/semejante-Otro, introduciendo de por medio un prójimo que —pese a no ser situable en el lugar del Otro— sí se representa una alteridad y “densidad” de otro orden, de la que el sujeto “sabe” o “intuye” —en términos que no son necesariamente cognitivos, por cierto— que posee sus propios deseos y estrategias para la competencia. Lamentablemente, no existe al momento de la escritura de este artículo una publicación a la cual remitir al lector para un trabajo sistemático de la diferenciación *autre/autrui*.

el psiquismo del niño el doble lugar de promulgar la ley que sostiene el interdicto de la madre y, a la vez, aparecer como el transgresor de esa misma ley. Así, se instalará en el psiquismo del niño una rivalidad con el padre a causa del objeto deseado, rivalidad cuya resolución resulta en la instauración de dos instancias que apuntan en sentidos diversos: en términos de la interdicción, se constituirá la instancia del súper yo, cuyo efecto será la *represión* de la sexualidad. Por otra parte, ligado a la figura del transgresor que puede acceder a la madre se instalará el ideal del yo, instancia psíquica que es asociada por Lacan a la posibilidad de conseguir la *sublimación* de la realidad (Cfr. Lacan 1938: p. 72-83)¹⁰. Ambas instancias psíquicas y ambos efectos, represión y sublimación, serían los elementos necesarios para la incorporación del sujeto a la realidad y la cultura propiamente tales, así como para la asunción de un lugar en el problema de la diferencia sexual.

El complejo de Edipo constituye también, mediante una “modificación identificatoria” (Lacan, 1948: p.109) una salida posible al problema del transactivismo, los celos, la agresividad y la ambivalencia propios de la captura imaginaria y narcisista respecto de la *imago* del doble, en que desembocaba el complejo de la intrusión. Resulta evidente entonces que Lacan releva un aspecto diverso al que Freud destacaba respecto del papel del complejo de Edipo en el psiquismo humano: si en Freud el Edipo era más bien el origen de diversas alteraciones y formas de neurosis según las dificultades que hubiese experimentado en su devenir y resolución, en Lacan (1938; 1946) el Edipo (y la *imago* del padre) aparecen como algo que podríamos llamar “positivo” o incluso saludable: es la condición de posibilidad para escapar de la asfixia propia de la relación especular y de la estructura narcisista, aunque este sea un logro siempre parcial, nunca completo. El Edipo, como lo entiende Lacan, posibilita además la sublimación de la realidad, considerada como la base para el desarrollo cultural, lo que daría una ventaja decisiva a las posibilidades de las culturas patriarcales en comparación con las culturas basadas en el matriarcado¹¹.

¹⁰ No profundizaremos en las aristas de la rivalidad edípica y de todo aquello que la moviliza o pone en marcha su resolución (por ejemplo, el complejo de castración), pues, aunque relevante, se aleja de los objetivos propuestos para este artículo. Remitimos al lector, por supuesto, a la lectura de Lacan (1938).

¹¹ Al parecer Lacan entiende que las sociedades patriarcales tendrían el privilegio en términos de sus mayores posibilidades de propiciar la sublimación necesaria para todo logro cultural, y para movilizar el abandono de la seducción mortífera de la *imago* materna y su llamado a la muerte. Aserto polémico, ha sido —y con razón— duramente cuestionado, pero su discusión escapa de los objetivos de este artículo.

Agresividad, ambivalencia y transítivismo: lo imaginario y el narcisismo

Hasta este punto hemos intentado dar cuenta de la primera de las exigencias que nos impusimos en la introducción, siguiendo el curso de la constitución subjetiva propuesto por “La Familia” —siempre con el complemento de otras fuentes previas a 1950— intentando encontrar una de las múltiples rutas de acceso posibles para poner en juego y restituir la potencia, complejidad y especificidad de las tesis del joven Lacan. Es momento de hacernos cargo de la segunda exigencia autoimpuesta.

Como mencionamos ya en la introducción de nuestro ensayo, hemos escogido centrar nuestros esfuerzos de reflexión más detallada y sobre todo práctica en aquello que el primer Lacan puede decirnos acerca de la agresividad. Para ello, retomaremos parte de lo enunciado en el apartado anterior, centrándonos en los momentos del complejo de intrusión y el transítivismo, que son los que ponen de relieve el problema de la agresividad dentro de la estructura narcisista en que se forma el yo y en que sigue su curso la constitución del sujeto (Lacan, 1938; 1946; 1948; 1949).

La agresividad, dirá Lacan (1948) es una tendencia correlativa a la identificación narcisista, que determina la estructura formal del yo y las posibilidades del hombre con el mundo. No vamos a repetir lo ya dicho, sino que pondremos el acento en algunas problemáticas específicas para que sirvan a modo de elementos de juicio que el lector pueda agregar a lo expuesto en párrafos anteriores.

Comencemos poniendo de relieve la “ambivalencia estructural” (Lacan, 1948: p. 106) que marcará la estructura del yo y la situación del sujeto en el momento que sigue a la identificación llamada narcisista con la *imago* del semejante en el espejo. Se pondrá en juego algo interesante: este momento operará como una tensión conflictiva interior al sujeto, que se precipitará en un despertar del deseo por el objeto del semejante (es decir, de un deseo alienado en el otro). Se dará así el escenario que ya adelantábamos, una triangulación que antecede a la edípica donde sujeto, semejante y objeto se juegan bajo el signo de la competencia agresiva de los celos (Lacan, 1948). Así, y no quedando claro qué es propio y qué es del otro, solo resta competir por ello.

Ahora bien, lo anterior no puede pensarse sólo como una consecuencia nefasta de la constitución formal de nuestro psiquismo, sino que —como todas las cosas— también abre posibilidades en la constitución del sujeto pues es esa mirada agresiva, atenta, propia de la mentalidad de un cazador la

que permitirá ir estableciendo en el objeto “atributos de permanencia, de identidad y de sustancialidad” en los momentos anteriores al lenguaje (Lacan, 1948: p. 104).

Por otra parte, la lectura de “La Familia” deja claro rápidamente que el joven Lacan tenía más de un desacuerdo con Freud. Entre ellos nos parece pertinente aquel que destaca la agresividad que mencionamos como un elemento de nuestro psiquismo *adquirido* en el curso de su propia constitución. A diferencia de un Freud que plantea un masoquismo primordial, una suerte de agresividad innata y un hombre que nace siendo lobo del hombre, Lacan pondrá énfasis en que la agresividad movilizada bajo el signo de los celos es una adquisición que no se explica necesariamente por la herencia o por presuntas coordenadas evolutivas (en el sentido darwiniano).

La potencia de este aserto es que promovería una desnaturalización, transformando la agresividad congénita de Freud en una agresividad constituida, poniéndola del lado de una subjetividad que no es un mero receptáculo de experiencias o actualización de la especie, sino una subjetividad que se desconoce a causa de su propia constitución, y que se halla marcada por la producción y proyección de imagos (Lacan, 1946). El mundo humano es un mundo de experiencias, por cierto, pero también de proyecciones imaginarias ancladas en la constitución de lo nuestro. Es en él donde la agresividad encuentra su parte, y no como mera actuación o efecto de una suerte de natural instinto de muerte.

La agresividad entonces se da como parte de los movimientos de un psiquismo en constitución, en el momento en que la *imago* del semejante que llevó al júbilo se convierte en objeto de entrometimiento¹². Frente a dicha *imago* se juega una rivalidad y un intento de atrapar su atención mediante esfuerzos de alarde, seducción y despotismo (Lacan, 1938). Este cambio posibilitará, eventualmente, el bosquejo de un otro propiamente tal, un prójimo. O sea, que la constitución del yo finalmente llevará a una separación respecto del otro, pero ésta será por la vía de la violencia y los golpes. Será en medio de tales proyecciones, juegos y escenarios que el yo finalmente podrá recortarse como un cuerpo entre los cuerpos y un ser entre los seres (parafraseando a Henry Wallon, siguiendo a Le Gaufey, 1998).

¹² Y en que el otro/semejante va deviniendo prójimo.

Un uso para la agresividad tal y como la plantea el joven Lacan: sobre la violencia urbana

Desde su misma introducción, este trabajo ha expuesto el interés por no dejar la revisión teórica antes mencionada sin servirnos de ella para al menos tender algunos puentes que intenten interpretar algo de lo que se nos presenta como relevante para las subjetividades contemporáneas. Es un modo de sostener las reflexiones del joven Lacan como algo vivo, pero sobre todo de aportar nuevas inteligibilidades para interrogar fenómenos socio-culturales actuales que punzan nuestro presente mostrando sus discontinuidades y radical carencia de síntesis, completitud o cierre. Específicamente, nos interesa pensar el caso de la agresividad y la violencia en medio de la vida con y entre otros, como sucede en el escenario específico de las metrópolis. Pensamos en el caso de Santiago de Chile. Ahí, el problema de la violencia urbana y su cara mediáticamente privilegiada, la delincuencia, han devenido un problema social que moviliza recursos, políticas públicas, fuerzas policiales, promesas de campaña por parte de los políticos y, sobre todo, miedos y anhelos que recorren a los habitantes a lo largo y ancho de la urbe.

Más allá de ello, se ha escenificado un fenómeno complejo, donde lo presuntamente “real” de los hechos se entreteteje con la proyección de imágenes, miedos y sentidos que revelan en su trayecto mucho más que lo que, probablemente, querríamos (o podríamos) sostener desde la vigilancia de nuestras conciencias. Tema complejísimo y usualmente considerado objeto de estudio y discusión para saberes especializados como el urbanismo, la sociología, el periodismo, el derecho y la política, puede parecer lejano para una disciplina como el psicoanálisis, con una praxis asentada en el solitario ejercicio de la clínica.

Sin embargo, dicha especificidad y el acceso a una experiencia que es la del inconsciente (como diría el joven Lacan) tendría que alentar, a nuestro juicio, un interés por lo social y cultural, tanto para poner en juego las consecuencias de la práctica del psicoanálisis como para evitar esa suerte de autoexilio en el gesto de un saber presuntamente marginal y subversivo, cuya única cara visible parece ser la dificultad o resistencia a dialogar con parte significativa de otros saberes y discursos sociales contemporáneos. No se trata de forzar una suerte de interpretación psicologista de fenómenos sociales, sino de ejercitar la potencia conceptual del psicoanálisis para abrir un campo de reflexión novedoso para ellos.

Podemos afirmar así que una lectura o revisión parcial de la prensa y de la literatura en torno al tema (Cfr. Guzman & Ramos, 2000; también Greene, 2006) muestran una percepción del otro en la ciudad significativamente marcada por el temor a la agresividad. El otro en Santiago, el otro diferente y desconocido, aparece marcado por la agresividad potencial, por una violencia desbordante. Algunas de las reacciones al respecto resultan sorprendentes, y se despliegan agresivamente en un debate que tiene más de publicitario y comunicacional que de técnico, político o conceptual: clamar por medidas punitivas para los delincuentes, instalar un debate de “mano dura” en desmedro de una supuesta “mano blanda”, reclamar contra el libertinaje de los antisociales, revolverse contra presuntas garantías judiciales exageradas para quienes ejercen la violencia en la ciudad y, algo muy interesante, añorar un Santiago del pasado, presuntamente más tranquilo y mejor, lejos de las libertades urbanas —vivas como angustiantes y peligrosas— y más cercano a la calidez comunitaria asociada a lo rural, donde se darían relaciones míticas entre los semejantes, ahora imposibles de reparar (Greene, 2006).

Es como si para el santiaguino todo fuese sostenible mientras viva la esperanza de un espíritu gregario asentado en una suerte de axioma: que lo público se quede en lo público, y lo privado en lo privado. El horror ante la delincuencia y la violencia urbana sería entonces el horror a la transgresión de dichas esferas, y el horror a la violencia y agresividad del otro tendrían que ver con el horror de la irrupción de lo público en lo privado, de la alteridad en lo propio.

No deja de parecernos llamativo el modo en que dichos argumentos nos recuerdan a lamento amargo que también se extiende desde cierto sector del psicoanálisis que, como Lacan, constata la crisis producida en la sociedad por la declinación del padre, pero que a diferencia suya intenta salvar a ese padre a toda costa. La forma de hacerlo es curiosa: se trata de la emisión de un reclamo por una sociedad actual que pareciera adolecer la “falta de padre” (*imago* paterna, diríamos en este ensayo; Nombre-del-Padre, aventuraríamos en otros contextos) que llevaría a una primacía del goce sobre el deseo, un libertinaje de la imagen, la pérdida de legitimidad de las instituciones, la pérdida progresiva de los límites, etc. (Cfr. Chemama, 2008; Melman, 2005).

Tales argumentos, desde el sentido común hasta el psicoanálisis, presentan a nuestro parecer ciertos puntos de convergencia: añoran un tiempo mítico de encuentro con el otro y de un pasado mejor que en realidad nunca existió y, por otra parte, tratan de pensar la violencia como algo

externo, ajeno, que pudiese irrumpir en lo privado (concretamente en lo físico vía asaltos, robos, violencia, invasiones de propiedad; pero también en lo psíquico, como una invasión del otro al terreno de lo propio, con la consecuente angustia frente a la incertidumbre de la alteridad) de la mano de una declinación de lo paterno y de la autoridad (versión del psicoanálisis) o, sencillamente, debido a la falta de “mano dura” (versión política y del sentido común de cierto sector ciudadano). La ausencia de regulación de lo paterno “allá afuera” en la ciudad permitiría el reinado de la violencia y la existencia en la oscuridad del otro presto a agredirnos y hacernos daño.

Podemos echar mano aquí a lo que venimos reflexionando y recorriendo a lo largo del presente ensayo sobre el primer Lacan y sus aportes teóricos, clínicos y sociales, para intentar una explicación alternativa que permita la entrada de algo de aire a la discusión. Lo primero que habría que pensar es que la añoranza de un pasado mítico, rural, de vínculos comunitarios cálidos podría leerse como un efecto más de aquello que, como muestra Lacan, sería consecuencia de esos tempranos momentos del psiquismo: una radical añoranza de la *imago* materna. Lo que Freud (1930) trabajó como “sentimiento oceánico” y anhelo de comunión total con la cultura, Lacan (1938) lo relee como anhelo de fusión afectiva con la *imago* del pecho materno en el momento del desvalimiento total causado por la etapa del cuerpo fragmentado. ¿Puede ser que este anhelo de un pasado mejor/rural/comunitario sea una añoranza de la *imago* materna, y expresión de nuestra negativa a sublimarla e ir más allá? Del mismo modo, ¿puede ser que el anhelo de “mano dura” sea también un efecto de la nostalgia? Es más, ¿no será que ese llanto que reclama la ausencia del padre pacificador y ordenador no sea sino la forma en que añoran la fusión sublime? Así, se trataría no tanto del llamado a un padre ordenador que imponga su autoridad y su ley, sino un lamento que busca restablecer un tiempo mítico, ordenado, de fusión sublime que solo puede ser posible en ausencia de semejantes.

Sería una mera cosa de terminología, si es que no tomáramos en serio el hecho que Lacan (1938) nos advierte que la nostalgia de ese primer Otro tiene como efecto psíquico un abandono a la muerte, una resignación ante ella. Quizás persistir en el anhelo de una ciudad mejor y más tranquila sea nuestra renuncia a la lucha por su presente.

Por otra parte, si seguimos los planteamientos realizados por Lacan y hasta acá revisados (1938; 1946; 1948; 1949) no podremos sino sospechar del esfuerzo de pensar la violencia urbana como

mero efecto de algo externo y público, de una supuesta ausencia “allá afuera” (o incluso en nuestro propio psiquismo) de una ley más dura y punitiva. Desde el primer Lacan, el transitivismo, la ambivalencia y la agresividad no pueden pensarse sino como efectos de nuestra propia constitución yoica y subjetiva.

La agresividad, adquirida desde la dialéctica con el semejante, deviene *propia* a los sujetos, y halla en la estructura formal del yo su causa e imposibilidad de superación total. Tiene que ver con una subjetividad que no se constituye como mera reacción a lo externo, sino que proyecta sobre el otro sus propias producciones. La nuestra es entonces una fascinación odiosa por ese semejante, golpe sobre ese otro del espejo (y de la urbe) y su espectáculo deslumbrante que a la vez sentimos como una presencia amenazante, susceptible de entrometerse, de ser agente de esa intrusión marcada a fuego en nuestro psiquismo. Más aún: ese el otro de la ciudad, su alteridad, ¿no será un resto o huella de ese semejante que deviene prójimo, y en cuyas manos ya no situamos el júbilo del espectáculo unificante sino la sospecha de ciertos deseos que le son propios? Deseos terribles, por cierto, en tanto señalarían tanto la posibilidad latente de la competencia como el malestar de aquello que no logramos terminar de situar entre propio y ajeno. La violencia del otro no sería entonces sólo la posibilidad de la irrupción de lo externo, y la desconfianza frente a su circulación en calidad de desconocido no se sustentaría en su potencial de actuar sobre nosotros desde la dicha posición: el problema sería que el otro en nosotros ya actuó, y la violencia tuvo su parte en ello.

Sin embargo, esto no procura la instalación de un nuevo conformismo: lo que queremos relevar es que el mismo Lacan (1938; 1946 en particular; también 1948) plantea algo que hacer con esa agresividad correlativa a la identificación yoica: enfatizar la sublimación. Por alguna razón toda invocación realizada al padre, desde el psicoanálisis o desde cualquier otro discurso, suele enfatizar la llamada a su ley, a su aspecto punitivo y represor, a su dimensión superyoica. Sin embargo, siguiendo al Lacan de “La Familia”, recordamos que tan importante como eso es el aspecto sublimatorio instalado por el ideal del yo. Quizás sea momento de poner énfasis no sólo en el castigo de la violencia, sino pensar en su carácter intrínseco a lo humano y en los modos posibles de gestionar sublimatoriamente eso que es nuestro y que, por nuestra propia constitución como sujetos, jamás podremos expulsar de nosotros o dominar por completo, sea cual sea la ley que impere, pues en algún lugar seguiremos instalados en la servidumbre de la imagen.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baños Orellana, J.** (2008) "La imago revisitada." En *Me cayó el veinte. Revista de la École Lacanienne de Psychanalyse*, 17, pp. 35-69. México.
- ___, (2009) "La interminable historia del estadio del espejo: ¿Por qué incomodan las notas del 16 de junio de 1936?" En *Intervalo. Revista de Psicoanálisis*, 1, pp. 42-63. Santiago de Chile: Universidad Andrés Bello.
- Chemama, R.** (2008) *El goce. Contextos y paradojas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Greene, R.** (2006) *Mi santiasco querido. Exploraciones del imaginario urbano en cien palabras*. Tesis para optar al grado de Magíster en Desarrollo Urbano. Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Guillerault, G.** (2005) *Dolto, Lacan y el estadio del espejo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Guzman, J. & Ramos, M.** (2000) *La guerra y la paz ciudadana*. Santiago: Lom.
- Freud, S.** (2001) "El Malestar en la cultura". En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XXI). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1930).
- Lacan, J.** (2003) *La familia*. Buenos Aires: Argonauta (Trabajo original publicado en 1938).
- ___, (2002) "Acerca de la causalidad psíquica". En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1946).
- ___, (2002) "La agresividad en psicoanálisis". En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1948).
- ___, (2002) "El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica". En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1949).
- Le Gaufey, G.** (1998) *El lazo especular. Un estudio travesero de la unidad imaginaria*. Buenos Aires: Edelp.
- Melman, C.** (2005) *El hombre sin gravedad*. Rosario: UNR.
- Zafiropoulos, M.** (2002) *Lacan y las ciencias sociales. La declinación del padre (1938 – 1953)*. Buenos Aires: Nueva Visión.